

El viaje de Carlota

El reloj marcaba exactamente las 20:51 y el tráfico en el *hall* central del aeropuerto de Barcelona era de lo más bullicioso. Al ver el billete que tenía entre sus manos y pensar en la aventura que estaba a punto de empezar, Carlota podía sentir como se erizaba su piel. Se sentía exultante, con la misma ilusión que un niño antes de abrir los regalos de navidad. Y hacía mucho tiempo que no se sentía así.

El ruido de las ruedas de la maleta en contacto con el suelo rugoso acompañaba con alegría el ritmo de sus pasos. Alzó su mirada hacia el cartel superior que coronaba la terminal dos y detuvo sus ojos en la tercera línea:

-BERLÍN-SCHÖNEFELD. 21.00 H. PUERTA 8. SALIDA INMEDIATA-

Un intenso estímulo recorrió su cuerpo, desde los dedos de los pies, hasta su frente, manifestándose de forma sudorosa.

-Dios mío, el vuelo sale en menos de 10 minutos. ¿Qué hago ahora? Piensa Carlota –se repetía Carlota una y otra vez mientras seguía mirando perpleja el cartel de la terminal, momentáneamente paralizada.

Debía correr todo lo que pudiera si quería tener alguna opción de llegar a la puerta de embarque de su vuelo y rezar para que el personal de acceso le permitiera hacer el *check-in*. Sabía que si se esforzaba podía conseguirlo.

¿Por qué demonios no miré bien la hora del vuelo? –se preguntaba.

Todo pasaba a la velocidad de la luz, excepto las atónitas miradas de la gente que se clavaban al verla pasar de manera fugaz. Llegó a la puerta 8, sin aliento y con el desagradable olor a café que se le había derramado encima al tropezarse con un ejecutivo mientras corría.

Pero no sólo se tropezó con aquel ejecutivo, lo hizo también con la cruda realidad. Mientras contemplaba la soledad de la joven india que recogía la cinta que articulaba la cola de embarque, la pantalla con la información del vuelo ya indicaba el nombre de otro destino, y a lo lejos, un avión con las alas de color burdeos se marchaba y desaparecía por la pista de despegue.

Soltó su maleta y dejó caer sus rodillas, notando el frío de las baldosas en su propia piel. Tras limpiarse rápidamente las lágrimas de su rostro, alzó su muñeca y frunció el ceño. Dónde ayer estaba el bonito reloj de oro rosa y brillantes que su padre le regaló al cumplir los dieciocho, ahora sólo podía ver la marca blanca de la correa que el sol había dibujado a lo largo de los años. ¿Habría valido la pena vender todas las cosas que más quería por su fallido intento de escapar y volar hacia Berlín?

Algo no le cuadraba. El hombre con la acreditación de “Información” le indicó que podía alcanzar la puerta de embarque en unos 3 minutos si corría a buen ritmo. Desgraciadamente, parece que los más de 10 minutos que se quedó paralizada mirando el panel central de salidas y llegadas de los vuelos internacionales se encargaron de echar por tierra el inicio de su aventura.

Se sentó en el suelo, cabizbaja, pero sabía que no tenía tiempo que perder. Necesitaba buscar una posible solución. No iba a darse por vencida y pese a encontrarse muy activa mentalmente, seguían pasando los minutos, las horas.... ¡Quizás un café me ayude a despejarme! -se dijo para sus adentros. Entre sorbo y sorbo al cappuccino, pensó en llamar a Noe, su mejor amiga, pero quizás la idea de deshacerse de su móvil para poder comprar el

pasaje no había sido tan brillante como parecía en un principio. Sin móvil, sin dinero y sin dar con una solución al problema, la noche cerrada acechaba el vestíbulo de la terminal y Carlota se empezaba a hacer a la idea de que ésta iba a ser muy larga. Mientras se terminaba el café, caminó a lo largo de la terminal, en busca de una señal, algo que le aportara algo de luz en la oscuridad de la noche, pero tras una hora, sus ojos empezaron a cerrarse y decidió acomodarse en un banco, apoyando sus piernas en lo alto de su equipaje.

De repente, notó el cálido tacto de una mano en su hombro.

-Perdona, ¿Sabes dónde está el punto de información de la terminal? Tengo que entregar un paquete y debo ir allí para que me indiquen dónde exactamente. –dijo el hombre, que sujetaba entre sus manos un pequeño paquete cilíndrico.

Tras frotarse los párpados, Carlota centró su atención en la acreditación que colgaba del cuello del supuesto repartidor, que indicaba la compañía para la cual trabajaba. Una chispa incendió sus neuronas y la efusividad con la que se levantó del suelo hizo que el repartidor retrocediera unos pasos.

-¡¡¡ESOOOOO EEEEEES!!! ¡¡¡Lo tengo!!! –su grito hizo retumbar el ventanal.

Empezó a dar saltos como si no hubiera mañana y se tiró a los brazos del atónito hombre, dándole un abrazo exageradamente efusivo.

-¿¡Pero qué... Qué haces!?... -murmuró el supuesto repartidor, ruborizado, mientras intentaba alejarse y analizar la situación.

Carlota se dirigió hacia un pequeño rincón de la terminal donde había podido leer: “*Wi-fi Corne*”. Era uno de esos espacios *vintage* que aún conservaban algunos aeropuertos, donde había un par de ordenadores antiguos que permitían conectarse a internet a cambio de unas monedas. Accedió a su servidor de correo e introdujo en la pestaña de búsqueda: “REF: Pedido zapatillas Toni”. ¡Bingo! Encontró lo que buscaba en una copia de seguridad reciente del historial de conversaciones de una aplicación de mensajería instantánea, en la cual Toni le envió su número de cuenta para que le hiciera un pedido on-line, ya que en aquel momento él no podía hacerlo desde su ordenador.

Toni.... No llevaba ni una semana alejada de él. La dejó después de que la enésima discusión entre ambos acabara con un portazo de Carlota en su casa. Ella no le volvió a llamar ni escribir en dos semanas, únicamente porque Toni había tenido una conversación “seria” en la que le dijo que estaba preocupado por lo mal que comía últimamente y lo mucho que había empezado a descuidar su aspecto.

Aun así y sin pensar mucho en las consecuencias, sacó de la maleta el diario de viaje que había preparado para tomar notas en Berlín, su lápiz de labios y apuntó el número de cuenta de Toni en la última página. Si quería darle una segunda oportunidad a su aventura, no tenía elección.

Tras deambular casi veinte horas por el aeropuerto, esperando a que saliese su nuevo vuelo, Carlota se mostraba impaciente por, parecía que esta vez sí, embarcar de nuevo hacia la capital alemana. Como de costumbre, no se sentía nada cansada, pero la impaciencia por subir al avión empezaba a inquietarle. Se había mordido tanto las uñas que empezaban a dolerle.

Los tonos rojizos que empapaban las primeras nubes de la mañana se colaron por la ventanilla del asiento 23-A e hicieron recordar a Carlota lo mucho que echaba de menos a Toni. Se conocieron una soleada tarde de sábado, en un concierto de música electrónica a los pies de

los jardines de Joan Brossa, en Montjuïc, su rincón favorito de la ciudad. Lo que en un principio pareció un plan estupendo de Noe, había acabado convirtiéndose en una situación bastante incómoda para Carlota, ya que las multitudes la solían agobiar.

-Cien o doscientas personas, ¿eh? –dijo Carlota.

-Tía, no empieces con tus ollas... ¡Vamos a por una copa y a pasarlo bien! Además... ¡Escucha! ¡Está sonando tu canción! –contestó Noe mientras ponía su dedo índice detrás de la oreja.

Carlota le contestó con cara de indiferencia, agarró su mano y se sumergieron en la multitud. Tras más de media hora de cola para pedir en una de las barras centrales, se cansó y pensó que alejarse de la zona de los conciertos, colina arriba, sería una buena solución. Al fin y al cabo podría sentir la música igual. Deslizó su cuerpo sobre la hierba y le presentó su ombligo al sol, anudándose la parte baja de su camiseta y como si hubiera encontrado un oasis, empezó a mirar las nubes.

-Parece una moto –dijo una voz cercana.

Carlota miró a su derecha y vio a un chico de unos veintipocos, de piel morena y barba frondosa, señalando la inmensidad del cielo.

-No vayas tan deprisa, a mí me parece más bien una bicicleta –contestó Carlota mientras miraba al chico y le dedicaba una tímida sonrisa.

-Me llamo Toni –dijo incorporándose e intentando sacudir su camiseta de briznas de hierba el misterioso chico.

-Te dije que no corrieras, Toni –contestó algo borde Carlota, mientras se desanudaba la camiseta y tapaba su ombligo.

-¿Tienes nombre o eres como las nubes? –dijo Toni.

-¿Y cómo se supone que son las nubes? –dijo Carlota.

-De muchas formas. Son misteriosas, extrañas.... Para cada uno representan cosas diferentes, sin tener que darles un nombre concreto... pero creo que lo divertido está en intentar ponérselo, ¿no crees? –Intentó explicarse Toni, percatándose de que a Carlota se le desviaba la mirada hacia sus labios.

Pese a llevar la típica ropa *hipster* que estaba tan de moda y que ella odiaba, empezó a verlo con otros ojos: era alto, fuerte y la intensidad de sus ojos verdes podía confundirse con la tonalidad del húmedo prado en el que se encontraban. Tenía “un algo” que lo hacía especial.

-Pues ponme nombre –dijo Carlota.

-Si acierto tu nombre, ¿me darás un beso?

Carlota le arrojó una expresión de asombro a Toni.

-Inténtalo, ¿pero de verdad crees que lo acertarás?

Toni se puso a su lado, le apartó cuidadosamente un mechón del rostro y se acercó a su oído.

-Te llamaré “Nube”.

Carlota sucumbió ante la voz melodiosa de Toni y después de descansar en su mirada unos instantes, se acercó a su boca y le besó.

El reflejo de sus ojos llorosos en la ventanilla la hizo dejar de lado sus recuerdos y volver a la realidad del avión.

-Por favor, déjeme cerrar la ventana... Vamos a despegar de inmediato –dijo la azafata de vuelo mientras cerraba bruscamente la ventanilla que enmarcaba las nubes que le estaban trayendo tan bonitos recuerdos.

-¡¡¿¿Pero qué estás haciendo??!! ¡¡¿¿Acaso no vamos a poder despegar porque mi ventanilla no esté bajada??!! –gritó Carlota, sin darse cuenta que su elevado tono de voz había hecho algunos pasajeros se giraran.

-Disculpe señorita, sólo sigo la normativa de seguridad que rige nuestra compañía. –contestó la azafata, visualmente avergonzada.

-Pero podías haberme pedido permiso, ¿no crees? –dijo Carlota, claramente enojada.

Tras asentir con la cabeza, a modo de disculpa, la azafata cruzó el pasillo hasta la cabina de mandos, se giró, volvió a mirar a Carlota y se dispuso a hablar con su compañera, con una evidente expresión de asombro por lo ocurrido.

Carlota era consciente que muchas veces su impulsividad le jugaba malas pasadas, pero sabía que llevaba la razón. La temperatura en el avión era muy elevada, pese a ello, sacó su maleta del compartimento portaequipaje, la abrió y a modo de protección, se enfundó el único recuerdo que le quedaba de Toni: una sudadera gruesa tipo *oversized* con capucha. Estaba inquieta. Tras ojear dos veces la revista de la aerolínea y no menos visitas al minúsculo lavabo del avión, el vuelo se le estaba haciendo muy largo.

Llevaba muchísimas horas sin descansar, pero aun así no lograba dormirse. Ojalá no fuera así de impulsiva –pensó, al volver a ver pasar la azafata con la que discutió hace unos instantes.

Tras cerca de dos horas de vuelo, los profundos pensamientos de Carlota fueron interrumpidos por la voz del capitán.

“Ladies and gentlemen we are going to land in Berlin-Scönefeld airport. The weather is cloudy and the temperature is around 10 degrees. We hope you have had a nice flight”.

Ya era mediodía y mientras bajaba por la improvisada escalera del avión, trató de restar importancia al incidente con la azafata e incluso agradeció las finas gotas de lluvia que golpeaban su cara mientras abandonaba la pista de aterrizaje. Muchas preguntas sobrevolaban su cabeza: ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Dónde iba a dormir? ¿Y el dinero? ¿Se habría pasado de la raya comprando el billete de avión sin el permiso de Toni, después de que lo hubieran dejado? Pero de momento, prefería pensar que sólo había motivos para alegrarse, porque por fin había llegado a Berlín.

-¡¡¡Taxi!!! –gritó a la salida del aeropuerto, mientras alzaba su brazo.

Intentando despreocuparse por todas esas cuestiones que sobrevolaban su cabeza, pensó que no habría nada mejor que ir a AlexanderPlatz, uno de los lugares emblemáticos de la ciudad, y quizá encontrar la inspiración que la hiciera aclararse.

-*Good morning. To AlexanderPlatz please.* –dijo Carlota al taxista.

-Good morning madame. Ok, here we go.

La arquitectura berlinesa, aunque algo regia, siempre había fascinado a Carlota. El aspecto sobrio de los edificios contrastaba con las paredes de ladrillo tatuadas de graffitis y su mente volaba, intentando perseguir con la mirada las fachadas del paisaje urbano. ¡Guuuuuuuuu! – exclamó. El anciano taxista la miraba condescendiente sin saber que aquella joven muchacha tenía antes sus ojos todas aquellas obras arquitectónicas que tanto había estudiado, odiado y por supuesto, admirado. La ventana del compacto taxi se quedaba pequeña para enmarcar tanta belleza y el baile entre la piedra, el metal y el cristal rebosaba armonía. En el reflejo del retrovisor podía ver su propia cara reflejada, amagando una tímida sonrisa. Parecía que después de unos días algo sombríos, las cosas podían empezar a ir bien.

Al ver subir el importe a pagar en el taxímetro, se palpó sus bolsillos, recordando que sólo disponía de unos pocos euros y no tenía más dinero con el que contar. Indicó al taxista que detuviera el taxi, le entregó lo poco que llevaba, le pidió disculpas y se bajó.

Empezó a explorar tímidamente los alrededores de la ciudad, en busca de alguna estación de autobuses, con tal de poder ir hasta el centro de Berlín de manera económica y ver Alexanderplatz. Quizás una vez allí podría establecerse en algún hostel momentáneamente y pensar con claridad qué iba a hacer.

El resplandor dorado del escaparate de una tienda consiguió captar la atención de Carlota. Había numerosos collares, joyas y otros abalorios de menor valor. Parecía una tienda de empeños.

Carlota pensó qué podría empeñar para conseguir algo de efectivo, al menos para pasar los primeros días hasta que decidiera sus próximos pasos. Se frotó los lóbulos y encontró unos pendientes de perlas y circonitas que le había regalado Noe en su último cumpleaños. Decidida a deshacerse de ellos, empujó la pequeña puerta y entró.

Un hombre mayor la esperaba tras el reluciente mostrador de nogal. Un pequeño monóculo dorado colgaba de su cuello y unas diminutas gafas redondas dejaban entrever unos fatigados ojos azules, castigados por años de trabajo.

-Hallo! Willkommen! –dijo el hombre con tono amable.

-Sorry, I only speak Spanish or English. –contestó Carlota con voz temblorosa.

-Oh... no problema. ¿Cómo puedo ayudarte, querida?

-Alzó el puño sobre el mostrador y dejó caer el par de pendientes. El joyero frunció el ceño, dibujando una media sonrisa.

-Vaya... ¿Puedo? –dijo acercando sus manos a los pendientes.

Después del asentimiento de Carlota, el supuesto joyero cogió uno de los pendientes, abrió ligeramente la boca y empezó a frotarlo contra sus dientes.

-Parece arenosa, es perla cultivada. ¿Quieres empeñar o vender?

-Necesito algo de dinero para alojarme en un hotel durante un par de días. Si me vas a dar más dinero por venderla, así lo hare.

-Te puedo ofrecer 80€ por las dos. Son preciosas, pero... cómo puedo decir... están como pasadas de moda, sabes?

Hizo caso omiso al desafortunado comentario del vendedor, porque sabía que necesitaba el dinero y era consciente de las pocas veces que sus exageradas reacciones le habían servido para algo. Carlota no estaba segura si la cantidad que el vendedor le había ofrecido sería un buen trato. No era mucho dinero, pero al menos podría costearse un billete de transporte público y quizá un par de noches en un *bed & breakfast* no muy céntrico. Después de mirar por última vez los pendientes, tendió la mano al sonriente vendedor y cerraron el trato con un apretón de manos.

Carlota cogió el dinero y se marchó. Al intentar sacar su maleta por la estrecha puerta de la casa de empeños, notó como algo se le enganchaba en la espalda y el sonido de la tela rasgándose le hizo ponerse en lo peor. Una astilla que sobresalía del marco metálico de la puerta se encargó de deshilar toda la espalda del único recuerdo físico que le quedaba de Toni.

Se sacó la sudadera, la miró y se dio cuenta de que aquel trozo de tela hecho retales era una metáfora de su vida, en la que todo tarde o temprano acababa rompiéndose. No importaba lo que hiciera o las decisiones que tomara, siempre se sentía incapaz de tomar las riendas y buscar esa realización y esa paz interior que tanto anhelaba.

Caminó unos pasos sin un rumbo fijo y se topó con lo que parecía un gran paseo, paralelo a un espectacular puente flotante de cables infinitos. Clavó sus codos en la baranda y con la intención de dejar caer también la carga emocional de sus recuerdos, dejó caer la chaqueta.

-No... No, ¡Nononono! ¡¡¡¿¿¿Pero qué hago???! -pensó hacia sus adentros Carlota.

Esa chaqueta, sucia y rasgada, era lo único que le quedaba de Toni y acababa de dejarla caer al vacío, sin más. Tenía tantísimas ganas de llorar que sus brazos empezaron a agarrotarse y en un acto totalmente irracional, empezó a dar puntapiés a su maleta.

La idea de ponerse de pie en aquella baranda y saltar al vacío luchaba por hacerse un hueco en su cabeza, más aún después de darse cuenta de que el dinero que había conseguido vendiendo sus pendientes, estaba en el bolsillo frontal de la sudadera, que ahora descansaba en el fondo del puente, unos 60 metros bajo sus pies. Empezaba a no ver otra solución para frenar su sufrimiento que saltar.

-¿¿Carlota?? -dijo una voz que parecía familiar.

Carlota dirigió su mirada hacia aquella voz y reconoció a Fernando, bueno, Fer para los amigos. Era el mejor amigo de Toni. Lo habían compartido todo desde pequeños. Los dos se criaron dando patadas a una pelota por los parques del barrio del Carmel y vivían a solo unas pocas calles de distancia. Fer era un friki de la química y aunque Toni dejó la carrera de Ingeniería química en segundo curso, nunca perdieron la amistad.

-¿Fer? ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí? -preguntó a modo de auto-respuesta Carlota, con la voz visiblemente temblorosa y con los ojos aún vidriosos.

Aun dudando de que aquella chica realmente fuera Carlota, Fer la miró de arriba abajo y no podía creer lo que estaba viendo. Había coincidido varias veces con la que hasta ahora había sido la novia de su mejor amigo y siempre iba muy bien vestida, sin ropas caras, pero conjuntada y con un estilo propio muy especial. Además, las visibles raíces de sus mechas no daban muy buena impresión, así como su rostro sin maquillar o sus ojos hinchados. Por lo descuidado que estaba su aspecto, cualquiera podía pensar que vivía en la calle.

-¿Qué haces aquí? ¿Pero qué te ha pasado? –Preguntó Fer, con una visible mueca de preocupación.

Carlota no era muy consciente de su dejadez. Pero el gesto de Fer la preocupó y se empezó a sentir tremendamente avergonzada. No sabía que decir o qué hacer. Tragó saliva y reprimiendo sus ganas de llorar, contestó a Fernando:

-Quería escaparme unos días a Berlín, para aclararme un poco, ya sabes, *Barna* a veces me agobia. ¿Y tú?

La falsa sonrisa de Carlota no terminó de convencer a Fer, pero no quiso profundizar en el tema, pese a que sabía que algo no iba bien.

-Pues estoy de *Erasmus* aquí cerca. Vivo en una residencia cerca del Instituto Tecnológico. Llegué hace menos de un mes y he venido a ver a otro compañero de Barcelona que casualmente llega hoy. Ya me enteré de lo tuyo con Toni, lo siento de veras. –dijo Fer.

Carlota no pudo contener más las lágrimas, se derrumbó y abrazó a Fer con todas sus fuerzas... Comenzó a llorar de manera desconsolada y a gritar con todas sus fuerzas.

-¡No puedo con mi vida Fer! ¡NOOO PUEDO MÁAAAAS!.... No sé qué me ocurre, pero no quiero seguir así, no tengo fuerzas para continuar. No tengo fuerzas, no tengo sueños... ya no, ya no... tengo nada.

-¡Eh para, para! ¡Tranquilízate! Estás muy equivocada Carlota. Eres una tía excepcional, tienes una familia que te quiere, unos amigos que te adoran y estoy seguro que Toni sigue loco por ti. –Le dijo Fer mientras la abrazaba con todas sus fuerzas, con uno de esos abrazos tan intensos que parece que lo puedan curar todo.

-Está bien Carlota, creo que por hoy es suficiente. –dijo el doctor mientras abría la puerta y le indicaba a Toni que podía pasar a la sala.

Cómo si de un géiser se tratara, la carga emocional había desbordado a Carlota, tras compartir con el psiquiatra sus últimas vivencias y todo lo sucedido en Berlín. A Toni le había costado muchísimo hacer ver a Carlota que necesitaba ayuda profesional. Pero finalmente, lo consiguió y tras ser aconsejada por su médico de cabecera, accedió a visitar la consulta del Dr. Flores, un reputado psiquiatra. Fer le llamó muy preocupado después de su encuentro con ella en Berlín, cuando se dio cuenta, después de su encuentro, que no estaba pasando un buen momento, ni físico ni mucho menos emocional. Toni no lo dudó un momento, echaba mucho de menos a Carlota y quería recuperarla. Sabía lo del billete, pero no le importó. Todo lo demás no importaba.

Cogió la mano de Carlota, le secó las lágrimas, la besó y se sentó a su lado, ambos frente al psiquiatra.

-No quiero que te alarmes, porque no te sucede nada extraño. ¿Has oído hablar alguna vez sobre el trastorno bipolar? –comentó con voz solemne el señor Flores.

-¿Está seguro? ¿Trastorno bipolar?... ¿Yo? La verdad... he oído hablar de ello, pero no sabía que era una enfermedad como tal. – dijo Carlota.

-No tienes porqué asustarte. Todas estas situaciones que te han pasado últimamente son solo la manifestación mayúscula de un conjunto de comportamientos, que según parece hace algún tiempo que te vienen ocurriendo. Son episodios en los que experimentas euforia o manía,

como cuando quisiste marcharte a Berlín y otros de profunda depresión, como cuando te derrumbaste después de hablar con Fer. Además, sus efectos pueden sobrellevarse con un correcto tratamiento farmacológico y una terapia adecuada. –comentó el doctor.

-Pero no solo el tratamiento farmacológico es importante. Deberás aprender a conocer cómo manejar esta circunstancia. Es fundamental que estés atenta a tu estilo de vida; con esto quiero decir que cuides el sueño, que te alimentes bien, que hagas ejercicio físico; al menos sal a caminar un rato todos los días. Apóyate en las personas que te quieren, y procura que ellas también aprendan sobre el trastorno bipolar. Volverás a estar bien, a ser la mejor versión de ti misma. Solo requerirá un proceso de aprendizaje y una buena dosis de paciencia al principio.

¡Ah! Sobre todo, es importante que cuides tu peso y que me cuentes cómo te va sentando la medicación que te recetaré. Y recuerda que, entre todos, vamos a ayudarte Carlota. –zanjó el Dr. Flores, transmitiendo toda la confianza que pudo con sus palabras.

Toni apretó la mano de Carlota, mientras intentaba calmar sus sollozos.

-Nos vemos la semana que viene, ¿de acuerdo? Y recuerda, intenta tomártelo con calma y no preocuparte más de lo necesario, porque no estás sola y no es nada raro. Te dejo este pequeño folleto y este documento, algo más denso, para que tengas más información y puedas compartirlo con tus padres o familiares cercanos. Así os podéis ir familiarizando con todo lo que conlleva el trastorno bipolar.

-Muchas gracias por su ayuda –concluyó Toni mientras le estrechaba la mano.

Salieron de la consulta del Dr. Flores, cogidos de la mano y empezaron a caminar. Hacía un día de película. Toni miró al cielo despejado y sacudió el brazo de Carlota, para invitarla a hacer lo mismo.

-Me apetece ir a los jardines... -dijo ella

-¡Pues vamos a los jardines! –exclamó Toni

-Lo siento mucho Toni. Por todo, de verdad. En cierto modo podríamos volver a estar juntos, pero creo que después de esto, no querrás seguir a mi lado...

-Quiero que sepas que podemos con esto y con todo lo que se nos ponga por delante. Si es necesario bajar hasta los mismísimos infiernos a por ti, bajaré y subiré contigo en brazos. No pienso abandonarte... ¿Sabes por qué? –agregó entre lágrimas Toni.

Carlota siguió mirando al suelo y sacudió la cabeza de un lado a otro.

-Porque el sol sale cada día en busca de las nubes. Y si lo hace, es porque está enamorado de ellas. Las quiere con locura –dijo Toni con una sonrisa de oreja a oreja.

Carlota, aliviada y reconfortada, le devolvió la sonrisa.

-¿Has besado alguna vez a una nube? –dijo Carlota.

-Me muero por hacerlo –dijo Toni.

-FIN-